

## **LOS PRIMEROS MÁRTIRES DE JAPÓN. NAGASAKI, 1597**

**(Conferencia pronunciada en la**

**Hospedería de la Santa Cruz del Valle de los Caídos, 16-II-2014)**

**Pilar GUTIÉRREZ CARRERAS**

### LA ATRACCIÓN DE JAPÓN SOBRE LOS MISIONEROS

El siglo XVI es el siglo de la expansión europea realizada por españoles y portugueses. Expansión geográfica y expansión espiritual. Esta expansión espiritual es territorial, pero también lo es en su sentido de ímpetu o fuerza evangelizadora. El dinamismo de la fe se dirige a la predicación en todos los territorios donde van llegando; pero hubo algunas zonas que fueron objeto de una especial predilección, y Japón es uno de esos casos.

Los factores de la atracción misionera en estas islas arranca desde San Francisco Javier, primer religioso que arriba al país. Describe a los naturales como gente inteligente y deseosa de saber y destaca la posibilidad de hacer un gran fruto evangélico. Estas noticias, difundidas por Europa generaron un gran interés por misionar en Japón. Desde entonces la Compañía de Jesús permaneció en Japón dedicándose a la evangelización, y las fuentes misionales no hicieron sino confirmar esas primeras impresiones favorables del santo.

### ANSIAS JAPONESAS DE LOS FRANCISCANOS DE FILIPINAS

San Francisco Javier llegó por la vía de las Indias Orientales, con los portugueses, y desde entonces esa fue la forma de acceder a la Misión: como jesuitas y por vía portuguesa. La Compañía, para garantizar la eficacia de la evangelización obtuvo un Breve de Gregorio XIII que les aseguraba la actuación en exclusiva al no permitir la entrada de ningún otro instituto religioso. Los jesuitas llegaron a valorar la uniformidad de criterios en la evangelización como punto fundamental para esa naciente cristiandad.

Pero los religiosos españoles, y en el caso que contemplamos nos referimos en concreto a los franciscanos, deseaban también entrar a predicar el Evangelio en el país nipón. Son los religiosos residentes en Filipinas los más directamente interesados en esta cuestión, pues por razones de mera proximidad geográfica eran ellos los llamados a acudir a Japón.

Este afán cristalizaría al presentarse una situación inesperada: las exigencias del shogun japonés, Toyotomi Hideyoshi, al gobierno de Manila exigiendo el reconocimiento de vasallaje. La alarma cundió en la ciudad, pues se dio crédito a la amenaza, y el gobernador decidió actuar y mandó como embajador a un fraile dominico, Fray Juan Cobos, con la misión de ganar tiempo y tratar de granjearse la amistad del japonés. Pero desapareció en Formosa al volver del viaje y la incertidumbre se mantuvo.

Entonces se pensó en enviar nueva embajada y fue elegido para ello, Fray Pedro Bautista, O.F.M. El gobernador, Gómez Pérez Dasmariñas, pensó en él por resultar adecuado a la misión diplomática y por ofrecerse así la manera de introducir en Japón a los franciscanos, que ya lo habían intentado anteriormente. Se reunió un Junta de letrados y teólogos para examinar el caso de conciencia que suponía el Breve pontificio y se decidió, tras una serie de argumentos de los que prescindimos aquí, que podían ir con tranquilidad de conciencia. Le acompañaban Fray Francisco de la Parrilla, Fray Bartolomé Ruiz y Fray Gonzalo García, este último mestizo portugués de la India que sabía bien el japonés por haber vivido en las islas. Estamos en 1593.

La embajada tuvo lugar en el lugar de residencia de la corte, Meaco (el actual Kyoto), donde fueron recibidos por Taicosama (nombre de Hideyoshi que designa su cargo y por el que lo citan siempre las fuentes). El análisis de esta embajada resulta de un gran interés, porque parece contener la clave de acontecimientos posteriores. En primer lugar hay que destacar el problema del idioma. La primera parte de la audiencia transcurrió con un intérprete japonés y el tono del rey (como lo nombran las fuentes, asimilando su cargo al caso europeo) fue amenazador y exigente. La segunda parte empieza con el rompimiento del protocolo a través de la intervención de Fray Gonzalo que se dirige directamente a Taico por orden de Fray Pedro. Quizá fuera esta misma *osadía* lo que hizo cambiar el talante de Hideyoshi, pues parece que su tono mudó y que se les hizo amigable. El contenido del coloquio parece que consistió en la afirmación española de no dar parias a nadie y sí en desear una relación de amistad. Se le presentaron unos regalos (un caballo, un espejo y unos vestidos) y afirmaron que para confirmar la amistad se querían quedar en el reino. La razón de fondo es que utilizaban esta vía diplomática para abrir la evangelización. El rey accedió gustoso y dijo que les daría casa y sostenimiento.

En segundo lugar, hay que hacer notar un plano más profundo de todo este diálogo mantenido a través de intérpretes. La distinta acepción de las palabras por ambas partes. Por la carta de contestación de Taico al gobernador de Filipinas sabemos que interpretó la embajada como reconocimiento del vasallaje que había exigido. El regalo que le llevaron es interpretado como símbolo de sumisión. Esto quedó muy claro en Manila. Sin embargo, los franciscanos lo interpretaron de otra manera y quedaron convencidos de que tenían la amistad del rey y su favor y esto explica cómo procedieron en su modo de actuar. La distinta percepción del mismo hecho se explica por la forma amigable en que se condujo el gobernante japonés con ellos, que sorprendió a los presentes, y el favor real que desde entonces les dispensó. Pero queda claro que no les dio una autorización explícita para evangelizar.

El desasosiego que produjo en Manila el resultado de la embajada motivó una segunda legación diplomática para negar que se hubiera reconocido tributo y se aprovechó para enviar tres frailes más que fueron Fray Jerónimo de Jesús, Fray Marcelo de Ribadeneyra y Fray Agustín Rodríguez, quienes llegaron al año siguiente, 1594. Finalmente, se les reunirán Fray Martín de la Ascensión, y Fray Francisco Blanco, que habían sido pedidos por Fray Pedro por ir adelante la obra de la evangelización y que completarán el número de franciscanos, aunque no todos serán mártires.

## LA PREDICACIÓN Y LA ACCIÓN FRANCISCANA

Desde su llegada a Kyoto hasta que pudieron disponer de solar propio transcurre casi un año en el que no pueden dedicarse a la misión por estar hospedados en casa de un japonés y limitar su acción al cumplimiento estricto de la Regla. Cuando finalmente Taico les concede el solar construyen casa e iglesia. Ésta, edificada al estilo de Castilla y, por tanto, de una traza nunca vista en Japón, fue una atracción que hizo notorios a los frailes. Fue visitada por un número muy elevado de personas. La extrañeza de la edificación corría pareja con la novedad que suponían los propios religiosos, lo cual se transforma en el primer motor de atracción hacia los religiosos. Y posteriormente edificaron hospitales, de los que trataremos aparte.

Los primeros cristianos que se les acercaron lo hicieron movidos por la pobreza que observaban en ellos. Este tema fue capital en el espíritu y en la acción de los franciscanos y se mostraba en el vestir, en el comer, en el dormir... De hecho, una de las cosas que más impresionaba a los japoneses era la descalcez, que se mantuvo a pesar del rigor de los inviernos y las fuertes nevadas. Estos primeros cristianos se aficionaron rápidamente a los padres y estos les van a dedicar una atención preferencial, pues se convirtieron en colaboradores valiosísimos en la tarea evangelizadora por su papel de intermediarios: serán los intérpretes mediante los cuales se predica. Por eso el primer esfuerzo se dedica a cimentar y consolidarlos en la fe y en la formación.

La instalación en Nagasaki, el puerto de la Nao de Macao y centro comercial de los portugueses, siguió inmediatamente a la construcción del convento en Kyoto. Era necesario ese apoyo para las comunicaciones con Manila y para atender a los padres que cayeren enfermos. Dada que era una ciudad donde los jesuitas atendían a los portugueses queda claro que su objetivo no era estrictamente misional. Osaka es otra ciudad donde se instalan, aunque no faltaron obstáculos debido a no tener permiso escrito de Hideyoshi. Edificaron, igualmente casa e iglesia y también hospital.

Dentro de la labor evangelizadora hay que destacar un aspecto: el problema de la lengua. Al principio sólo Fray Gonzalo la conocía, aunque de los frailes que posteriormente llegaron, tres de ellos aprendieron con relativa rapidez el idioma. Se trata de Fray Marcelo de Ribadeneyra, de San Martín de la Ascensión y de San Francisco Blanco. Ya hemos visto cómo los catequistas nativos suplían, en gran parte, este problema. Pero dado este obstáculo se recurrió a otro modo de anuncio del Evangelio: las obras supliendo a las palabras. Y esto se hizo a través de dos signos: la pobreza y los hospitales

- La pobreza va a constituir, por sí misma, toda una predicación, sobre todo el burdo sayal y la descalcez. El choque mental que va a producir la pobreza, como opción voluntaria, va a hacer a muchos preguntarse por las razones de tal comportamiento y va a ser la puerta de entrada de la proclamación del mensaje. La mera presencia física de los religiosos atraía las miradas por su condición de extranjeros y por su pobreza. La extrañeza llevaba a las preguntas (decía San Francisco Javier que era un pueblo deseoso de saber) y para eso llevaban siempre consigo a un catequista japonés que respondía a los interrogantes y acababa siempre invitando a ir a la iglesia a conocer más detalles. Esta forma de actuar producía los mayores

rendimientos en los templos de los bonzos. La gente que acudía a ellos iba a rendir culto o a buscar la verdad y la salvación. Era una motivación que había que saber emplear y por eso los visitaban y predicaban en ellos.

Tras esta captación se procedía a un sistema de catequesis en el convento. Se daban pláticas que se desarrollaban a lo largo de seis o siete días. Cuando las preguntas ponían en dificultades a los catequistas se recurría a los padres para solucionarlas. Los que seguían adelante eran recibidos en el catecumenado donde se les daba una catequesis general bautismal que incluían las verdades de la fe así como las exigencias morales. Los japoneses hacían muchas y agudas preguntas y cuando se decidían era tras una elaboración y aceptación intelectual, aunque la mayoría era gente sencilla y pobre.

- Los hospitales serán lo más llamativo de toda su predicación. Su fama se extendió fuera de la ciudad hasta tierras lejanas y  *fueron ellos los instrumentos principales que el Señor tomó para la conversión de Japón* (Fray Juan Pobre). El impacto que sobre la población nativa van a desempeñar los hospitales se entiende mejor si decimos que se dedicaron al cuidado de los leprosos. Generaron dos tipos de reacciones: una de rechazo por considerarlo oficio propio de gente baja y vil; pero otro de admiración y casi estupor. Fray Juan Pobre describe el cuidado de los leprosos.  *Como testigo de vista los vi traer agua caliente y echarla en unos baños y lavarlos de las rodillas abajo y a otros desde la cintura y aún algunos era menester de alto abajo, conforme la lepra y llagas que tenían. Luego tomaban unas herramientas con que les cortaban lo podrido y los limpiaban y devotamente besaban los pies y las llagas. Acabando de lavarlos, los cortaban las uñas, los trasquilaban limpiaban y espulgaban los piojos. Vacíanlos los servicios, aseábanles las camas, barríanles las casas.* No es de extrañar que el impacto que causaron los hospitales fuera enorme. Si tenemos en cuenta que unos de los datos fundamentales de la psicología japonesa (destacado por las fuentes desde el principio) es el de la limpieza, la pulcritud, podremos valorar más plenamente lo que de choque mental suponían conductas como esta.

Podemos calificar esta evangelización como *predicación de la imagen*. En ausencia de un conocimiento de la lengua que hubiera facilitado la proclamación oral del mensaje, la labor de apostolado se centra alrededor de gestos, actitudes y hechos que resultan más expresivos que mil palabras.

Vamos a detenernos un poco en el tema de los hospitales porque es, a nuestro juicio, una de las claves del éxito de la predicación franciscana. Para ello debemos considerar qué suponía un leproso para la mentalidad japonesa. Seguimos para esto a F. K. Numazawa en su exposición del Shinto en la obra *Cristo y las religiones de la tierra*. BAC.

La lepra, impureza del cuerpo, era manifestación de la impureza interior o pecado. La idea de pureza en el Shinto era tal, que se pensaba que los Kamis castigaban a los malvados con enfermedades. Los leprosos eran marginados sociales, pero además sentían pesar sobre ellos el rechazo, la maldición de los dioses. Desde esta negación absoluta de la importancia

de estas personas es desde donde podemos entender la novedad radical que la atención y el cuidado a estos enfermos supuso. Para muchos resultaba el argumento determinante que los movía a confesar que el cristianismo era la religión verdadera. Esta se hacía creíble cuando se veía a gente arrodillada ante ellos y que habían llegado a Japón a hacer, precisamente, ese humilde oficio sin lograr nada para ellos mismos. La fuerza de las obras va a ser avasalladora pues se va a transformar en el testimonio de que tiene que haber algo más cuando hay gente que realiza semejantes comportamientos. En la mentalidad japonesa, que valoraba a las personas según el lugar que ocuparan en el espectro social, no tenía cabida una actitud así.

La conciencia interior de un leproso según esas categorías mentales debía ser, realmente, muy difícil de soportar. Al mal físico debía unirse un dolor moral íntimo muy intenso. Fray Marcelo nos habla de una leprosa que llevaba años sin poder aceptar su enfermedad, en lucha consigo misma. Es un testimonio muy claro de lo que decimos. Dado el poco relieve que tenían las ideas sobre la salvación en la religión nativa (no eran ni excesivamente claras ni excesivamente contundentes), hemos de imaginar la angustia y desazón interior que presidían estas vidas.

Y el cambio aparece cuando los franciscanos empiezan a cuidarlos y a mostrarles, con su conducta y sus palabras, que los leprosos también eran valiosos porque Dios los quería. Y además los bendecía con su enfermedad (giro copernicano en sus valoraciones), porque gracias a ella se preparaban un cuerpo limpio y resplandeciente como el sol para la eternidad. Esto era lo que les decían. Y los enfermos se convertían, aunque no eran forzados a ellos ni se les atendía por ser cristianos. Pero sabemos que acababan por convertirse, de tal manera que, cuando fueron hechos prisioneros los frailes prácticamente el 100% de los enfermos era ya cristiano.

De la misma forma que se cuidaba de su cuerpo se cuidaban sus almas, pues los propios cristianos más cercanos a los religiosos participaron también en el cuidado de los lázaros, limpiándolos y predicándoles. Y por la noche los niños o doxicos que ayudaban en la predicación les enseñaban las oraciones en lengua japonesa. Los leprosos que se podían valer colaboraban yendo a pedir limosna. Los que morían lo hacían en paz y con seguridad de alcanzar la salvación.

Dejando ahora de lado el tema concreto de las leproserías nos fijamos en los rasgos generales que nos dibujan la acción misional de los franciscanos. El modo de proceder en la conversión fue exactamente el mismo que hubieran podido seguir en España o en cualquier parte de América. Por parte de los religiosos se insistió mucho en la práctica de la Regla en todo su rigor de reformados. La oración mental ocupaba una buena parte del día (no menos de cuatro horas), el oficio divino, la oración a media noche eran estrictamente observados. La mortificación no se rebajó en manera alguna: ayunos, disciplinas y una estricta pobreza fueron cumplidos con escrupulosidad. La descalcez, dormir sobre jergón, comidas escasas y desabridas.... Asimismo practicaron los oficios más humildes: cavar en la huerta, lavar las escudillas...no es de extrañar que los frailes instalaran el Santísimo Sacramento para consolarse dado que estaban faltos de toda consolación temporal.

En relación a los cristianos que crecieron a su alrededor también los trataron como se hubiera procedido en otros lugares. Entre lo más destacado está la importancia concedida a la oración y cómo había japoneses que hacían ratos muy prolongados de oración mental. En esto se insistía sabiendo que era cuestión medular. También merece mención destacada la importancia concedida al sacramento de la reconciliación, que era el más frecuentado. En él se procedía con dulzura con los penitentes y esto se ve en la cantidad de gente que acudía. Además es un rasgo destacable la devoción mariana, en la que se hacía mucho hincapié. El rezo del Rosario era una práctica muy bien acogida por los cristianos devotos. La devoción a la figura de San Francisco de Asís era natural y muy bien acogida. También se les encarecía la devoción a las almas del purgatorio, haciéndoles ver la labor de intercesión que podían ejercer por ellas. Procesiones por dentro de la iglesia y la instauración de la Orden Terciaria son otras de las características de la forma de hacer de los frailes.

Y como especial destacamos la presencia del Santísimo en la iglesia y su exposición. Se hizo con todo el cuidado posible vigilando la iglesia y fue consuelo para los religiosos, pero también para la fe de los cristianos que acudían a la iglesia a visitar y adorar a su Dios presente en ella. El comulgar era más limitado como rasgo propio de la época y se concedía cuando los sacerdotes lo consideraban oportuno.

Como colofón de este punto debemos insistir en señalar un dato muy importante de la evangelización franciscana. Es una predicación basada en la pobreza y dirigida a los pobres. Este es el apostolado horizontal, que supone cristianizar desde la base social dirigiendo su atención hacia el elemento desfavorecido de la población (que era su inmensa mayoría). La concepción misional franciscana no va a surgir del hecho diferencial japonés (como ocurrió con la Compañía de Jesús), valorado como el criterio rector a la hora de diseñar la estrategia misional. Va a surgir como consecuencia de la valoración de los japoneses como hombres iguales a los demás y, por tanto, como capaces de recibir un mensaje universal que iguala a los hombres. Frente al apostolado vertical jesuita, ejercido desde el acomodamiento a las élites que serán el cauce natural de la evangelización del archipiélago, ellos optan por el apostolado horizontal, dirigido a todos sin distinción y haciendo objeto preferencial de él a los no importantes desde el punto de vista social y político: la gente común, los pobres.

## LA POLÉMICA CON LA COMPAÑÍA DE JESÚS

De 1549 a 1593 los jesuitas fueron los únicos trabajadores de la viña del Japón, logrando unos resultados que pueden ser calificados de espléndidos, por el número y la importancia de los convertidos. El año de 1596 los religiosos eran alrededor de 140 y los cristianos se cifraban en torno a los 300.000.

El año de 1587 marca un hito referencial en el desarrollo de la Misión. Hideyoshi publicó un edicto por el que prohibía la predicación cristiana en el reino y obligaba a los Padres a salir del mismo. Las razones aludían al peligro que suponía el cristianismo como doctrina distinta de la nativa y extraña y, por ello, preñada de amenazas para el orden existente en Japón. En realidad, tal disposición no hacía sino dar cuerpo a las prevenciones que sobre la

predicación habían expresado, desde el principio, los bonzos. No obstante, las fuentes misionales aluden a otro aspecto del tema: los recelos sobre los señores japoneses convertidos y el posible peligro que podrían suponer para el reino si, superando las tradicionales rencillas, pudieran llegar a establecer una concordia entre ellos en base a su fraternidad cristiana.

El edicto fue cumplido a medias. Los Padres no salieron, pero se ocultaron y siguieron sirviendo a la cristiandad pero de manera clandestina, abandonando sus hábitos y vistiendo como los bonzos. Hideyoshi confiscó los bienes de la Compañía, entre los que se encontraba Nagasaki, centro del comercio de la seda. Y no parece haber insistido mucho en el exilio de los jesuitas, pues no es en absoluto creíble que permanecieran sin saberlo él, y las fuentes expresan que lo sabía pero se hacía el desentendido.

Con la llegada de los frailes aparece un factor nuevo que va a suponer un problema de relación entre ambas Órdenes. Como consecuencia de su distinto modo de ver las cosas procederán a actuar de manera distinta y esto generará tensiones. Esta parte es una de las sombras de la Misión, pues cristalizó en una polémica entre ambos institutos en la que parecen percibirse, tras ella, los ecos de la rivalidad hispano-portuguesa de la época, aún estando unidas ambas coronas bajo Felipe II.

El distinto modo de proceder de los frailes menores sembró alarma en la Compañía, que tras la persecución de 1787 procedía con mucha cautela y temió que el actuar abierto de los franciscanos, que contradecía lo ordenado en el edicto de Hideyoshi, trajera importantes complicaciones para todos los cristianos. Esta alerta hizo que se percibieran con claridad las diferencias entre ambas órdenes, que se referían al segmento social elegido como opción preferencial (nobles-pobres), a la forma de proceder (con cautela-públicamente) y a la concepción de los japonés (centrado en su carácter particular-centrado en su condición de hombres como los demás).

Así pues se desencadenó la polémica o discusión entre ambos institutos que giró en torno a unas cuestiones referenciales o capitales:

- El conocimiento o desconocimiento del Japón. Los jesuitas poseían una experiencia que los recién llegados no tenían. Achacaron a los franciscanos un desconocimiento del Japón que era cierto sólo en la medida en que los jesuitas lo poseían: el conocimiento de sus élites. Los franciscanos respondían a esto notando que los japoneses eran tan hombres como los demás y el Evangelio era suficiente para ellos, sobre todo teniendo en cuenta que ellos se dirigían a la gente pobre, de la que nadie se ocupaba y para ella no eran necesarios los miramientos que requerían las élites.
- La prudencia o imprudencia. El proceder franciscano, totalmente público y manifiesto, era juzgado como una falta de prudencia en un reino en que se había perseguido a los misioneros y ordenado su expulsión. Los franciscanos contestaban que esa orden había sido dada contra los jesuitas y no contra ellos que tenían autorización de Hideyoshi y por tanto, podían proceder con tranquilidad.

- La riqueza o la pobreza. Los franciscanos juzgaban la posición de la Compañía, cercana a los nobles, como una falta de la pobreza evangélica a la que estaban obligados como religiosos. Como miembros de una Orden recientemente reformada, la pobreza y su observancia era un signo distintivo y fundamental, propio de su carisma. Además, las fuentes franciscanas resaltan que era precisamente la pobreza lo que más atraía a los japoneses hacia ellos, pues les resultaba increíble ver pobres voluntarios y contentos.
- La honra y la humildad. Correlativamente con lo anterior los frailes rechazaban determinados comportamientos jesuitas que suponían para ellos un claro mensaje antievangélico. La existencia de criados, uso de la seda, casas cómodas.... les parecía contradecir frontalmente la necesaria humildad evangélica.

Este tema de la polémica es el aspecto más delicado del estudio de esta evangelización, pues nos muestra a unos hombres, tanto franciscanos como jesuitas, de una talla inmensa y de una generosidad que sólo existe en quienes dedican su vida a un ideal, implicados en roces y fricciones humanas. No hay que olvidar que todos los misioneros estaban en constante peligro de ser perseguidos y el martirio era una posibilidad que podía materializarse en cualquier momento. Es una muestra de las grandezas y también de las debilidades humanas.

## LA PERSECUCIÓN CONTRA LOS FRANCISCANOS

La actuación de los franciscanos es muy breve. Llegan en 1593 y son crucificados casi cinco años después. Sin embargo su obra es intensa y, sobre todo, ocurre al lado y a la vista del propio poder ya que transcurre en Kyoto, sede del gobierno.

Esto plantea la cuestión de qué pudo pasar para que en tan poco tiempo se dictara una sentencia de muerte, cuando la de los jesuitas, en mucho más tiempo, fue tan sólo de destierro. Y creo que podemos sostener como respuesta que su acción fue mucho más radical, notoria y peligrosa para el poder. Pero en absoluto podemos suponer que tuvo alguna connotación política, pues se dedicaron a los pobres y no a las élites. ¿Por qué entonces fueron castigados con la crucifixión? Es lo que vamos a tratar de explicar buscando sus raíces en el propio proceder franciscano.

### 1. El episodio del *San Felipe*

En octubre de 1596 tuvo lugar un hecho con el que todas las fuentes relacionan con el martirio de los franciscanos: el naufragio del galeón español *San Felipe* que desde Manila se dirigía a Acapulco.

Este galeón, excesivamente cargado, tuvo mala travesía desde su misma salida de puerto y llegó a la altura de las islas japonesas desarbolado y sin timón. En Hirado recibió garantías, por parte del señor de la isla, sobre la seguridad de la hacienda y del navío y, siendo remolcado hacia tierra, dio con unos bajos y se abrió. La mercancía se depositó en la playa y se comunicó la noticia a Hideyoshi, dado lo extraordinario del suceso y el gran valor de la



carga. Los españoles del barco recurrieron a Fray Pedro dada su categoría de embajador ante Taicosama con el fin de lograr reanudar viaje a México. Los franciscanos aseguraron el buen resultado de la entrevista dado que Hideyoshi les era favorable. Trasladados a Fushimi, y esperando ser recibidos, tuvieron noticias de que la hacienda era confiscada pues Taico decía que le pertenecía por haber dado en sus costas según era costumbre de Japón.

Esto coincide además con la orden de prisión de los frailes franciscanos, por lo que se puso en relación ambos acontecimientos. La versión que circuló para explicar el apresamiento fue la de que los españoles enviaban primero a los religiosos para convertir a la población y tras ellos llegaban los soldados a someter el país. Esto se atribuyó a una frase del piloto del *San Felipe* y se consideró como la causa del martirio. Y esta fue la razón que se adujo y que pasó a los libros que trataban el tema hasta nuestra época. Sin embargo no satisface en absoluto. Porque el piloto no dijo tales palabras como demuestra la *Historia de la pérdida y descubrimiento del galeón de San Phelipe con el glorioso martirio de los gloriosos mártires del Japón*, de Fray Juan Pobre de Zamora, franciscano que iba en el susodicho navío y que compartió con sus hermanos en religión toda la zozobra de los acontecimientos, y tras el martirio siguió, con los demás españoles, hasta la Nueva España. Como fuente de primera mano narra la escena del diálogo del piloto con Masuda Emon-ojo, delegado por Taico para requisar la hacienda y esa frase no se pronunció. Las fuentes japonesas, por su parte, no hacen ninguna alusión a estos hechos, centrándose exclusivamente en la riqueza de la carga. Además no es, en absoluto, coherente pensar en un dicho de esta categoría cuando se conoce el contexto en el que estaban los españoles.

Consideramos que este episodio del galeón y el martirio de los franciscanos son hechos independientes aunque coincidan en el tiempo. De dónde surgieron esos rumores no puede ser más que de ambientes relacionados con los portugueses y la rivalidad entre ambas naciones unidas bajo la misma corona. Probablemente los celos de los comerciantes de Nagasaki y la Nao de Macán frente a la posible rivalidad de la Nao de Acapulco.

## 2. La acción evangélica de los frailes

Lo que nos interesa es por qué Hideyoshi, habiendo tratado benévolamente a los frailes llega a enojarse con ellos y a sentenciarlos con la pena de muerte. Es un interrogante que sigue abierto tras 400 años. Y nosotros creemos que la respuesta está en la acción evangelizadora franciscana que se configuró, desde su misma pobreza y humildad, como un peligro realmente alarmante para el poder japonés. En la respuesta que dio el propio Taicosama al gobernador de Filipinas, D. Francisco Tello, cuando éste le preguntó por qué había mandado matar a los que había recibido en su reino con el título de embajadores encontramos la mejor contestación a esta pregunta que hemos planteado. Transcribimos la carta por su importancia:

*Después que el cielo y la tierra se dividieron y tuvo principio este mundo, este reino de Japón venera por dios y señor al Xinto, que es el principio de donde proceden todas las cosas, y por virtud de este Xin hcen su curso el sol y la luna, y de este mismo procede la variedad del verano y el otoño y cuatro tiempos del año [...] y finalmente todas las cosas proceden y participan del admirable ser de este principio, el cual, en cuanto participan los hombres de él,*

*hace con que haya diferencia de señor a vasallo, y por la misma causa hay entre los hombres diferencia de viejos y mozos.*

*Siendo esto así ha muchos años que vinieron a estos reinos unos Padres, los cuales, predicando una ley de reinos extraños y diabólica quisieron pervertir los ritos de la gente plebeya y baja de estos reinos, así de hombres como de mujeres, introduciendo costumbres de sus tierras y perturbaban los corazones de la gente y destruían el gobierno de este reino. Sobre todo esto, los religiosos de esos reinos, tornando acá discurrían por las villas y lugares predicando su ley a gente baja, a siervos y esclavos. Oyendo yo esto, y no pudiéndolo sufrir, los mandé luego matar.*

La carta es elocuente a más no poder. Es el mensaje evangélico la causa del martirio. Pensamos que hay dos momentos en cuanto a la actitud de Hideyoshi con los frailes. Uno primero de aceptación como obra buena y digna de alabanza, vistas las obras que hacían, y un segundo momento de rechazo al vislumbrar las consecuencias que el mensaje cristiano traía consigo. En esto se adivina a su alrededor, en la corte principal, a los bonzos advirtiéndolo sobre las necesarias implicaciones peligrosas del cristianismo.

La carta afirma la religión japonesa como el principio y razón de todas las cosas. Entre ellas la diferenciación entre señores y vasallos como perteneciente a la misma naturaleza de las cosas. Las diferencias sociales se convierten en una desigualdad radical, insuperable, pues se basa en el orden natural del mundo. La doctrina cristiana suponía una subversión total de este mundo conceptual. Unas nuevas ideas basadas en presupuestos distintos, y hasta contrarios, eran profundamente peligrosas, porque operando en el campo de la transmutación de ideas acabarían desembocando en un cambio de la organización político-social. La afirmación hecha por los misioneros de los japoneses como un pueblo muy inteligente se pone de manifiesto al centrar el problema en el antagonismo entre dos antropologías distintas imposibles de conciliar.

La predicación franciscana, alejada de cualquier consideración que no fuera estrictamente religiosa, se mostró como más radical y, en el fondo, subversiva. Quizá la alarma saltó cuando la doctrina dejó de ser un mero mensaje para transformarse en una ilustración de la misma a través de los gestos y las conductas. La antropología cristiana era incompatible con la antropología indígena y esto fue lo que se puso de manifiesto, de forma clarísima, con la actuación de los franciscanos, heraldos, con sus palabras y obras, de la radical igualdad de todos los hombres. Este fue el peligro visto por el poder en unos religiosos pobres y auténticos.

#### LA ORDEN DE PERSECUCIÓN Y EL MARTIRIO

La primera manifestación de la persecución fue el poner guardas a los religiosos en su convento el día 9 de Diciembre. Los oficiales de la justicia entraron en la casa y estuvieron inspeccionando todo. Permanecieron allí estrictamente vigilados hasta el fin de mes en que fueron trasladados a la cárcel pública donde se reencontraron con los cristianos japoneses que habían sido prendidos y encarcelados en aquella misma fecha. Casi al mismo tiempo se

puso guardas al convento de Osaka. La salida desde la casa de Kyoto fue contemplada por los leprosos de los hospitales, que se lamentaban por ellos y lloraban. Dos días después los reunieron con los procedentes de Osaka (fray Martín y tres japoneses y Pablo Miki y sus compañeros) en la cárcel y los expusieron a la vergüenza pública en medio del frío invierno y fueron luego trasladados a un templo donde les fueron cortadas las orejas, castigo propio de facinerosos. Posteriormente fueron paseados hasta la ciudad de Osaka en caballos, con las manos atadas atrás, con la tabla de la sentencia delante y recibiendo la mofa y burla de los gentiles. Desde allí fueron llevados a Sacay donde salieron a verlos los leprosos del hospital donde habían sido atendidos por ellos, y volvieron a Osaka. Ahí fue donde se les comunicó la segunda sentencia, la de la crucifixión, (porque hasta entonces no se les había condenado sino a cortar las orejas y a la vergüenza pública) y el lugar donde había de transcurrir: Nagasaki.

Los merecimientos que acumularon los prisioneros (un total de veintiséis personas entre religiosos y seglares japoneses, incluyen dos niños, *doxicos* o catequistas) no fueron pocos. El sufrimiento ocasionado por el frío no fue la mortificación menor. Igualmente fueron maltratados y recibieron golpes y fueron objeto de burla y escarnio. Fray Gonzalo fue apaleado al ser detenido y los dolores le duraron hasta la crucifixión. El recorrido efectuado sumado a su descalcez les hinchó los pies e hizo del andar una cuestión penosísima.

Cuando los mártires llegaron al lugar de la ejecución ya estaban dispuestas las cruces. Allí se prepararon a morir orando, entonando salmos y cantos. Las cruces tenían dos travesaños, uno para extender los brazos y otro para apoyar los pies, así como cinco argollas para sujetar el cuello, las manos y los pies. Una vez elevados, los sayones les clavaron unas lanzas que, entrando por un costado inferior, sobresalían por el lado opuesto a la altura del hombro, desgarrando los órganos internos y atravesando el corazón. Así murieron a la vista de los cristianos y portugueses que acudieron en gran número a contemplarlos y a venerarlos como mártires en cuanto fallecieron. Desde ese mismo momento se dedicaron a coger todo lo que pudieron para obtener reliquias: trozos de sus vestidos, tejidos empapados de su sangre... y hasta partes de sus cuerpos, pues la orden incluía la permanencia de los cadáveres en las cruces para que fuesen pasto de las aves carroñeras. Y según testimonio común y concorde de todos los testigos de vista los cuerpos permanecieron mucho tiempo sin descomponerse, sin oler mal y sin ser atacados por los cuervos.

## LOS MÁRTIRES

Los franciscanos crucificados fueron seis:

- San Pedro Bautista
- San Martín de la Ascensión
- San Francisco Blanco
- San Felipe de Jesús

- San Francisco de la Parrilla, lego
- Fray Gonzalo García, lego

El resto fueron japoneses. Entre ellos tenemos tres Hermanos de la Compañía de Jesús:

- San Pablo Miki
- San Diego Quisay y
- San Juan de Goto

Los demás son japoneses seculares que eran los cristianos colaboradores de los frailes. Sus nombres son:

- San León Carasuma, hospitalero
- San Buenaventura, doxico
- San Gabriel, doxico
- Santo Tomé, doxico
- San Antonio, doxico
- San Luis, doxico
- San Pablo Suzuki, hospitalero
- San Cosme Zaqueya, espadero
- San Tomé Danchi, boticario
- San Francisco, médico
- San Joaquín Sanquier, cocinero
- San Pablo Ivariqui, tonelero
- San Miguel Cosaqui, balletero
- San Juan Quizuya, tejedor
- San Matías
- San Francisco, carpintero
- San Pedro Suquexiro

Todos estos mártires lo fueron porque se prepararon para el martirio desde antes de que éste fuera un hecho inevitable. Es un rasgo de la cristiandad japonesa el aceptar, junto con el bautismo, el riesgo del martirio, lo que supone una fe de adultos y la plenitud de la virtud

de la fortaleza. Este es un primer rasgo a destacar que incluye tanto a los nuevos cristianos japoneses como a los misioneros que los evangelizaban.

Por lo que respecta a los franciscanos hemos de indicar que todos eran españoles (en el caso de San Felipe de Jesús, por ser de Nueva España es español y mexicano) y que profesaban una Regla reformada y estrictamente observante, de un rigor casi extremo. De todos ellos podemos consignar los siguientes rasgos. En primer lugar, la importancia concedida a la oración, a la que dedicaban varias horas diarias. En segundo lugar, la mortificación física: disciplinas y cilicios, ayunos rigurosos, comidas escasas, descalcez, dormir sobre el suelo... Como nota propia, la observancia estricta de la pobreza. La humildad, ejercitada con el desempeño de labores bajas, desagradables. La atención a los enfermos y necesitados. Y la especialísima dedicación que tuvieron a los leprosos, tanto los religiosos como los cristianos seculares. Todo ello formaba parte del espíritu religioso que habían profesado y no lo atenuaban ni disminuían en nada. Estamos, pues, ante caracteres y personas recias.

De San Pedro Bautista destacamos que fue defensor de indios y que no tuvo respetos humanos porque era capaz de reprender y censurar públicamente a gobernantes. Era un carácter fuerte, recio que supo hacerse cariñoso y familiar con los japoneses. Y aunque mantenía todo el rigor (y dureza) de la observancia, (incluso en el régimen de vida que se instauró para los doxicos), en el confesionario era dulce y suave. Igualmente consta este dato de San Martín de la Ascensión, que pasaba largas horas en él, no acudiendo a comer a veces por atender mejor a sus penitentes. San Francisco Blanco era joven: 26 años. Aprendió rápidamente la lengua y consolaba a los leprosos animándoles a tener paciencia con su enfermedad que era el medio por el que Dios les preparaba el cielo. San Felipe de Jesús es un caso especial. Él no formó parte del grupo de los misioneros, sino que viajaba a bordo del galeón San Felipe. Fue, pues, accidental su llegada a Japón. Era de Nueva España y había tenido una juventud alegre, desenfadada y traviesa (como dice Fray Marcelo de Ribadeneyra). Sus padres, que tenían dinero lo enviaron a Filipinas para que se dedicara a los negocios e hiciera algo de provecho y continuó unos años en la misma tónica hasta que decidió profesar en los franciscanos. Había realizado un noviciado fervoroso y volvía a la Nueva España porque sus padres querían tener el consuelo de verlo ordenarse. Que fuera hecho prisionero se debió a estar en compañía de Fray Pedro, por parecer a todos que así estaba más seguro, pues tuvo miedo ante la situación. San Francisco de la Parrilla es el ejemplo de lego humilde. Dedicado siempre a la portería, la huerta y la cocina. Era muy afable y divertía a sus hermanos en las recreaciones narrando todos los trances que le ocurrían con los japoneses, que no debían ser pocos dado que no dominaba la lengua aunque hacía grandes esfuerzos en ello. No tenía letras. Pasó, por ello, una temporada difícil pensando que no servía para nada en Japón y pensando en volver a Filipinas. San Gonzalo García, lego, fue fundamental por ser el que dominaba la lengua. Había sido comerciante en Macao e ingresó en la Orden en Manila. Era mestizo de padre portugués y madre india. Lo mismo trataba con la gente principal y noble como cuidaba a los leprosos o atendía la cocina y el refectorio. San Pablo Miki, San Juan de Goto y San Diego Quisay, son los tres mártires de la Compañía de Jesús. El primero pertenecía a una familia noble y estaba dotado del talento de hablar y convencer. Es un dato impresionante que la autoridad comisionada para ejecutar la sentencia de muerte había sido amigo suyo cuando

eran jóvenes. El segundo tenía 19 años y era doxico. El tercero era ya de cierta edad y muy devoto de la meditación de la Pasión de Cristo.

El resto de los mártires son seculares japoneses. Es un grupo heterogéneo pues incluye personas de casi todas las edades. Tomé, Antonio y Luis, doxicos, tenían, respectivamente, 15,13 y 12 años. El primero murió junto a su padre Miguel y era muy devoto de la Virgen. Escribió, antes de morir, una carta a su madre en la que le encarecía la perseverancia en la fe aunque quedara sola y pobre. Gabriel, también doxico, tenía 19 años y tras su conversión ingresó en la Orden, hecho que no le resultó nada fácil por su condición de joven, apuesto y con un futuro prometedor (había sido paje del teniente del gobernador de Miaco) y también por la oposición que tuvo de su familia.

El resto del grupo pertenece, en su mayoría, al grupo de los colaboradores más cercanos de los religiosos. Todos ellos presentan una serie de rasgos comunes. Una profunda conversión que le llevará a una vida de honda piedad con práctica habitual de oración y sacramentos. Todos ellos ejercerán, además un activo apostolado entre sus conocidos más allegados. De esta manera sus familias los acompañarán en su vida cristiana y en sus actividades caritativas de atención a los enfermos y a los pobres. También serán activos predicadores entre sus amigos gentiles y serán los predicadores de los que acudían a interesarse por la ley cristiana. Eran gente de origen humilde, pobres, que vivían de actividades manuales (médicos, carpinteros, escribanos, espaderos, artesanos de la seda...) y que pusieron al servicio de los franciscanos todo lo que tenían: sus haciendas, su trabajo, su tiempo libre...

Todos ellos compartieron un largo martirio. Dos meses de incertidumbre, de prisión, de frío, de golpes, de vergüenza pública y escarnio, de mutilaciones... y finalmente la crucifixión. Los japoneses convertidos, *plantas tiernas en la fe*, como fueron llamados a veces por las fuentes misionales, resultaron ser robustos y fuertes cristianos que perseveraron y se mantuvieron fieles en situaciones insostenibles desde una óptica exclusivamente humana. Para nosotros resulta, además, un honor y un orgullo que, entre ellos, se encuentren españoles que se habían desplazado, en esa época, al otro lado del mundo para evangelizar Japón.